



HOY HACE UN BUEN DÍA
PARA DESTETAR HIJOS DE
PUTA

AGENCIA DE DETECTIVES ROA LONGA.
VOLUMEN I.
LOS ALBORES Y EL CASO DE LA MACIZA
INQUIETANTE.

Héctor Roa Longa

HOY HACE UN BUEN
DÍA PARA DESTETAR
HIJOS DE PUTA

AGENCIA DE DETECTIVES ROA LONGA.
VOLUMEN I.
LOS ALBORES Y EL CASO DE LA MACIZA
INQUIETANTE.



Primera edición: abril de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Héctor Roa Longa

ISBN: 978-84-17784-64-5

ISBN digital: 978-84-17784-65-2

Depósito legal: M-12673-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad?
Eso es lo que significa ser esclavo.
Yo he visto cosas que vosotros no creeríais.
Atacar naves en llamas más allá de Orión.
He visto rayos C brillar en la oscuridad,
cerca de la puerta de Tannhäuser.
Todos esos momentos se perderán en el tiempo,
como lágrimas en la lluvia.
Es hora de morir.

RIDLEY SCOTT
Blade Runner, 1982

CAPÍTULO I

—¡Pero qué tonto eres, tonto hasta decir basta! ¡Cómo habré sido capaz de parir al más tonto entre los tontos!

Su voz, alterada y aguardentosa, me llegaba a través de la puerta. Bajaba las escaleras presuroso, de dos en dos los escalones. Esperando dejar de oírla cuanto antes. Para mi sorpresa, no había tenido suficiente y se asomó a la ventana.

—¿No es bastante desgracia tener un hijo tonto? Dime, ¿cuánto te vas a dar contra algo lo bastante duro en la cabeza como para espabilar de una vez por todas?!

Allí estaba, despotricando contra mí como una posesa, encogí levemente los hombros y desaparecí por una calle lateral. Llevaba en mis oídos toda su furia de borracha.

Conste que había intentado buscar el mejor momento para decirselo, sabía yo de sobra que las horas en las que andaba bebida no eran las mejores para decirle nada, se calentaba enseguida y volcaba todas sus frustraciones con quien tuviera cerca.

Por eso precisamente había ido a verla bien de mañana, no contaba yo con que la noche no había acabado para ella, aunque la luz del día alumbrara.

Mi madre es muchas cosas, menos madre. Para ella parece haber un castigo implícito en el hecho de tener hijos, así que tanto mi hermano como yo no somos más que una pesada carga que mi padre le impuso antes de viajar al otro mundo.

Aun así, en sus escasos momentos de sobria lucidez, se podía hablar con ella, aunque en ocasiones se ponía demasiado blanda

para mi gusto. Se arrepentía de ese comportamiento compulsivo e irracional que la poseía. Era un tanto patético, pero era mi madre después de todo.

En resumen, me equivoqué.

Plantearle mis nuevos proyectos cuando aún no había dormido y todavía era presa de los vapores etílicos, fue una torpeza que he pagado con creces.

En cuanto empecé, me di cuenta de que la cosa no iba bien. No tocó el vaso con el café que le había preparado, no me miró a los ojos ni mesó mis cabellos. La cucharilla comenzó a tintinear contra el vidrio de la taza en cuanto el desangelado relato brotó de mis labios, confiaba en que me diera su apoyo y por poco me tira por la ventana.

—Mamá, he decidido que ya es hora de elegir una profesión con futuro y perspectivas.

—¿Y qué chorrada es esta vez? —comentó distraída.

—Detective privado.

—¿Que qué?

—¿Te parece mal? —pregunté suave y conociendo de antemano la respuesta.

—¿Mal? No, hijo, no me parece mal —fue su contestación.

—Me alegro, pensé que te gustaría saberlo.

Después, todo fue de mal en peor.

—Claro que sí, aunque te confieso que ya lo sabía.

—¿Sabías lo que iba a decirte? —yo solo me metí en la trampa, ebria pero lúcida.

—Claro, desde pequeñito yo ya lo sabía.

—No te entiendo, se me ha ocurrido hace unos días.

—Ya, lo supongo. Es lo que hacen los tontos, tener ocurrencias.

—¡Mamá! Por favor no empieces, te lo ruego.

—Yo no he empezado, lo has hecho tú, ya sabes, cuando un tonto atraviesa un campo de trigo, el campo de trigo se acaba, pero el tonto sigue.

—¡Mamá, para!

—Si claro, lo que tú digas. ¡Pero qué habré hecho yo! Ya lo sé, casarme con tu padre. Eso es lo que he hecho mal en mi vida. Si hubiera dado con otro no me habrían salido dos hijos tontos, no uno, sino dos. Justo castigo por mis pecados de juventud.

—Ya estamos —el tema era recurrente y yo lo conocía de sobra.

—Pero qué tonto eres, ¡detective, detective! ¿de qué? Tenías que haber nacido burro, es lo que mejor encaja con tu personalidad...

A partir de aquí, lo de siempre, salí sin despedirme y dando un portazo, sus palabras silbaban como balas a mi alrededor.

Me alejé con una vaga sensación de fracaso, metí las manos en los bolsillos de mis raídos vaqueros y aceleré el paso. Octubre no había dado más que sus primeros pasos, pero se notaban ya sus intenciones.

Granada es una ciudad agradable para vivir, me gusta el brusco paso de las estaciones, la primavera y el otoño no son más que antelas breves de un verano que calcina y un invierno que cruje. Quizás sea eso, o el haber nacido aquí, o el no conocer otro sitio mejor. No sé, el caso es que no me cambiaría por gusto.

Aunque claro, una cosa era vivir y otra muy distinta sobrevivir en una ciudad de provincias de pequeño tamaño sin apenas oportunidades.

La crisis que nos invade se ha hecho endémica, no hemos salido de una cuando ya estamos en otra.

Se puede malvivir, como yo lo hago, de pequeños trabajos, del paro, de tus padres, que no es mi caso. En fin, se puede.

Además, venimos de una transición difícil y complicada, la política no es mi fuerte, pero hasta un ignorante como yo, que apenas pudo con el bachillerato, sabe que hemos dejado la dictadura atrás para internarnos en una democracia que, de momento, ha traído una libertad que nos está viniendo un poco grande, haciéndonos diferentes respecto a la generación que nos precede, son los ochenta. Una nueva década llena de favorables presagios, aunque el paro siga creciendo y la economía nunca termine que despegar. No hay quien lo entienda.

En concreto, finales de 1985. Estamos a la mitad de la década y todavía no he logrado situarme del todo. Nací en 1960, así que no hacen falta muchas cuentas, tengo veinticinco esplendorosos años y todavía no sé hacia donde voy.

En América Ronald Reagan gobierna, Gorbachov en la Unión Soviética y la Dama de Hierro en Inglaterra, hace tan solo unos meses que se ha reabierto la verja con Gibraltar y acabamos de entrar en la Comunidad Económica Europea, Felipe González es el presidente en España. Irán e Irak se están matando vivos, el mundo está perdiendo el norte, si es que alguna vez ha sabido donde estaba.

Y yo he decidido hacerme detective privado. Mi experiencia no es limitada, no. Es nula. Lo más parecido a esto que he hecho es la mili, así que no puedo decir que esté preparado. Pero me gusta la idea, así que con lo que cobro de paro y la ayuda de algunos de mis amigos, he alquilado un pequeño local en una entreplanta de la Plaza de la Trinidad, sin pretensiones. Y ahora voy a recoger el adhesivo que voy a pegar en el cristal que da a la calle:

AGENCIA DE DETECTIVES DELTA. Entreplanta B

Más tarde, cuando tenga línea, pondré debajo el número de teléfono.

Y me haré unas tarjetas, de esas de presentación.

Un pequeño habitáculo de no más de doce metros cuadrados, donde he instalado una mesa de despacho metálica, azul, con un cristal de superficie y más vieja que yo. Un par de sillas, algún cuadro de la Alhambra que ya estaba cuando llegué y poco más. Al menos dispone de un amplio ventanal sin cortinas que me permite observar el ir y venir de los viandantes con impunidad.

Después de salir de casa de mi madre con más pena que gloria, me voy directo a la imprenta donde he encargado el adhesivo, y de allí con prisa, casi corriendo, hasta mi nuevo despacho. Estoy deseando ver cómo queda el cartel.

Con cierto rubor despego despacio el papel adhesivo y lo voy adhiriendo a la parte baja del cristal de la ventana, tratando de evitar arrugas y burbujas, aunque no lo consigo del todo.

Satisfecho veo cómo quedan las letras del revés y compruebo horrorizado que se han equivocado con el nombre de la agencia, pone DELLA en lugar de DELTA, alguien ha confundido la T por la L.

Será DELLA, pues. Me encojo de hombros, ¡qué más da! Al fin y al cabo, tengo menos papeles que una cabra.

Repaso mentalmente mi lista de noes:

No tengo empresa.

No tengo título de detective.

No voy a pagar impuestos.

No voy a declarar la renta.

Y la de síes:

Sí emitiré facturas

Sí me quedaré con el IVA.

Sí defraudaré mis impuestos.

Cualquiera que me vea dirá que soy un pirata. Y no se equivocaría. Es lo que hay.

Lo decidí todo de pronto, una larga noche de fiesta y alcohol. Debía cambiar el rumbo de mi vida; pensé cuando ya amanecía y la farola bajo la que dormitaba dejó de alumbrar. Es hora de madurar.

Porque, a qué negarlo, me gusta la noche. El día me deprime, la noche hace que me venga arriba, ¿y qué mejor oficio para un noctámbulo, aparte de camarero? Le di algunas vueltas y concluí que detective. Dicho y hecho. A ver lo que duro.

Tengo otra lista de noes:

No sé defensa personal.

No sé nada sobre investigación.

No tengo ninguna destreza para las armas, ni blancas ni de fuego.

Pero aprendo bien sobre la marcha, al menos en eso confío.

Y es que no hay nada como fijarse un objetivo en la vida, hasta ahora he navegado sin rumbo, a la deriva. Unas veces bien, la mayoría mal. De mi familia no espero otra cosa que no sean reproches y coscorriones. Mis amigos me miran con cara rara, no estás bien, aseveran entre divertidos y preocupados por mi salud mental.

Carlos es el más directo:

—¿De verdad crees que alguien va a contratar tus servicios?

—¿Y por qué no?

—Pues es evidente, ¿no te parece?: No eres detective.

—Ya, pero eso lo sabes tú.

—Yo y cualquiera que te haga dos preguntas seguidas.

—Ya veremos —concluyo molesto—, luego no me pidas trabajo.

—No te preocupes por eso, mis locuras no incluyen esa.

—Me alegro por ti.

En general no es fácil convertirse en empresario de provecho en un país lleno de vividores y observadores de la realidad, sin más afán que el de criticar lo que hombres con visión de futuro, como yo, se aventuran a construir, eso ya lo sabía.

Añádele la inveterada costumbre de los granadinos de cuestionar todo lo que se sale de sus cortas miras y tendrás el cóctel perfecto de la desilusión congénita. Granada estaría muy bien si no fuera por los granadinos.

Y si los que deberían apoyarte lo único que hacen es echarte un jarro de agua fría, pues peor todavía. Pero me sobrepondré. Puedo soportarlo todo.

Espero poder darles con el talonario en toda la boca y restregarles mi visión de futuro.

He estado mirando las páginas amarillas y no he encontrado apenas nada en este campo, así que no hay mucha competencia, lo cual es una buena noticia.

Claro que, si alguien hace lo propio, tampoco va a encontrarme a mí en ellas, así que puede que haya más piratas como yo. No me importa.

Lo que sí sé es que en todos lados cuecen habas, así que en Granada también habrá maridos celosos, esposas adúlteras y demás fauna y flora que me permita sacarle los cuartos, so pretexto de realizar un informe fotográfico con todos los pormenores del asunto.

De hecho, es de las primeras cosas que me he comprado: una cámara. Lo considero básico para un detective. Eso y mi vieja máquina de escribir, es de esas portátiles, una Olivetti lettera 32. Con eso y unos folios se pueden hacer maravillas. Espero.

También dispongo de coche, un Seat 127 blanco, de dos puertas, de segunda mano, con matrícula de Barcelona, viejo y un tanto destartado al que me cuesta cambiarle las ruedas, les he cogido cariño; y si en fórmula uno los neumáticos van sin dibujo, no veo por qué he de ser yo menos.

Tampoco estaría de más que colgara un cuadro que pusiera «detective», una especie de título. Así que me pongo a la tarea. Qué horror. Resulta francamente complicado falsificar algo tan sencillo.

Primero he tenido que buscar un papel adecuado, así que me he hecho con tres folios de esos gruesos, rugosos y amarillentos; después, saber qué poner, los títulos llevan una especie de orla alrededor que naturalmente obvié, me conformé con una gruesa línea negra, el nombre de la escuela, para eso tuve que tirar de páginas amarillas, en Barcelona, algo que esté lejos, los llamé y me informaron de las clases que impartían y cuanto costaban, una fortuna, por cierto.

Cambié el nombre; Escuela Criminal la llamé, no vi nada que se le pareciera, así que, con el nombre, el reborde y un vistazo a lo que decía un título oficial, completé mi mentira:

ESCUELA CRIMINAL

Certifica que: D. Héctor Roa Longa (ese soy yo)

Ha superado con éxito el curso de Detective Privado, habiendo obtenido una calificación de 7 (quería ser discreto)

En Barcelona, a 20 de Julio de 1985

(Firma ilegible, tanto la mía como la del supuesto director de la supuesta escuela).

Un rato de rotulación cuidadosa y un par de fotocopias después, tenía mi flamante título. Mis cuartos me costó un simple marco.

Y no tardé en colgarlo en la pared de mi nuevo cubículo.

Mirándolo desde cierta distancia, daba bien el pego.

Satisfecho, me acomodé en mi desvencijada silla y miré a mi alrededor.

Así que ya lo tengo todo. Despacho, título, cámara, máquina de escribir, coche, la animadversión de amigos y familiares, y solo me falta un pequeño detalle: clientes.